

Tiempo encarnado: Entrevista a Cristina Rivera Garza

Luis Felipe Gómez Lomelí

University of Florida

Es el 27 de marzo de 2017, Cristina Rivera Garza acaba de publicar hace unos meses *Había mucha neblina o mucho humo o no sé qué*. Está escribiendo *Autobiografía del algodón* (2020). Luego vendrá *El invencible verano de Liliana* (2021) y después el conjunto de ensayos de *Escrituras geológicas* (2022). Estamos en Monterrey, antes de que Cristina vaya a Estación Camarón para andar por el territorio de su próximo libro, para sentirlo. Estamos a mitad de este recorrido donde el entorno y cada uno de sus seres vivos y no vivos se irán convirtiendo, en la obra de Rivera Garza, en agentes y archivos geológicos. Vamos a hablar del campo y del tiempo, de la materialidad que nos permite estar aquí.

Luis Felipe Gómez Lomelí: ¿Cuáles han sido las últimas superficies que has caminado descalza?

Cristina Rivera Garza: Son varias. Porque es algo que he intentado hacer mucho últimamente. Pero la última, la última última, es la playa. En Santa Bárbara, no hace mucho. Un día no muy tibio. Pero, claro, si uno va a la playa es para descalzarse: no puedes estar en la playa y tener los zapatos puestos. Entonces es eso: es una cercanía corporal, material, con la superficie de la tierra. Es un contacto, claro, directo, que se supone que te hace bien. He oído toda clase de explicaciones *new age* acerca de esto; serán ciertas o no, sí me gustan. Y en casa me gusta estar descalza también. Como los pisos son de madera, entonces no están fríos. Para empezar, es cómodo: a veces

simplemente porque se me olvida ponerme zapatos. Y es más, simplemente vas de un lado a otro. Tampoco es así como un asunto principista—mi hijo sí anda descalzo de manera principista y sí va descalzo de un lado al otro porque está en su etapa hippie: fuimos una vez a Washington y él se quitó los zapatos para pasear en la ciudad—pero digamos que no estoy a ese nivel de compromiso con andar descalza.

LFGL: ¿Nunca lo has hecho, el andar descalza en la ciudad?

CRG: ¿En la ciudad? No. Es sobre todo en la playa, en casa, en los lugares que sé que no me voy a herir los pies porque también son herramientas delicadas.

LFGL: ¿De niña recuerdas alguna vez que anduviste descalza?

CRG: Recuerdo las superficies. Son asuntos con la naturaleza. Son contactos con la naturaleza; en ríos, sobre todo. Pero igual: la naturaleza o el espacio privado. Y no el espacio urbano. Son recuerdos que tienen que ver con lo que decía antes: un contacto directo, una cuestión si quieres de libertad pero también de vulnerabilidad, porque nunca sabes qué va a haber debajo de las plantas de tus pies. Puedes resultar herido o no. Pero a la vez te sientes muy bien de no tener los pies sujetos.

LFGL: Cuando te dicen “horizonte”, ¿cómo es el primer horizonte que imaginas?

CRG: Mi primer horizonte—y eso lo he pensado mucho últimamente—tiene que ver con el horizonte de Tamaulipas. Yo casi no viví en Tamaulipas. Viví dos años en Tamaulipas. Pero cada que regreso, y no regreso tan frecuentemente, creo que ahí está esta cuestión del campo, del espacio rural en Tamaulipas—que es de donde es mi familia—con un cielo muy distinto al del D.F.: la presencia de las nubes y la distancia aparente que va de la superficie al cielo es totalmente distinta. En Tamaulipas hay algo, como un cielo muy bajito, como un horizonte que se alarga mucho más porque es un espacio abierto. Pero si me fueran a preguntar, como me estás preguntando, sería ése. Y creo que en lo que estoy escribiendo últimamente es un poco el ir tratando de investigar la formación de estas cuestiones que podrían verse como naturales, ahistóricas, perennes, pero estamos viendo—con toda esta información, con toda esta investigación—que lo que resulta es que algo como el *horizonte* es construido, forma parte de. Si ahí se siembra algodón o se siembra sorgo, el horizonte se ve de una manera

muy distinta a si se siembra—qué sé yo—a si hay un pino o si las nubes son más bajas, la humedad, etcétera, etcétera.

LFGL: Ya que mencionaste el cielo, ¿cuál fue el primer cielo que te arrobó?

CRG: Son varios. Está ése que te decía hace rato, el cielo de un azul muy tenue, un azul Kodak sesentas, de Tamaulipas. Pero los cielos de Mesoamérica, los cielos de esas tierras altas de Toluca son magníficos. Son una belleza absoluta. Son... dramáticos. O sea, en la formación de las nubes, las actividades y los acontecimientos del cielo son constantes. Y hay una de relación causa-efecto enorme: lluvias, cosechas, inundaciones, ¡los granizos!, por ejemplo, ¡en pleno verano!, cuando todo se pone blanco en ciudades como Toluca es así como “¿en qué etapa estoy viviendo?” Es rarísimo. Pero hace algunos años estuve en el invierno pasando un tiempo en Poitiers, en Francia, e hicimos una serie de paseos hacia el norte de Francia, hacia la Bretaña francesa, y yo creo que no he visto cielos tan exquisitos como los de la Bretaña francesa. Todo el drama, que es muy fuerte, de los cielos del centro de México y esta dorada exquisitez de la Bretaña francesa... tengo una serie de fotos sobre eso porque fue una impresión fuerte.

Pero, bueno, San Diego no canta mal las rancheras.

LFGL: ¿Y las estrellas?

CRG: Con las estrellas tengo menos relación. Me doy cuenta que hay estrellas cuando estoy fuera de la ciudad, por supuesto, cuando voy al campo o a pueblos chiquitos. La última vez que estuve viendo estrellas, realmente viendo estrellas, estaba—a ver, ¿dónde estaba?: no estaba en una ciudad, ahorita no me acuerdo: no sé si estaba en México o en Joshua Tree, en el sur de California... Pero la sensación es ésa: que uno vive como si no hubiera estrellas. Y es difícil darse cuenta, tristemente, hasta que las ves y te quedas verdaderamente maravillado.

LFGL: El campo, esta idea de campo, supongo que tiene que ver con los campos agrícolas de Tamaulipas. Pero vamos a hacer como los sicólogos, te digo una palabra y me cuentas lo que te venga a la cabeza. ¿*Meadoms*?

CRG: [Sonríe, mira hacia la ventana, hacia el Cerro de la Silla]. También ahí en Tamaulipas. Hay una frase en los documentos que ando consultando en la que prometen, unos capitalistas que están invirtiendo en algodón, transformar esas llanuras en “*meadows of white gold*”. Estoy pensando en eso ahorita más que en otra cosa. Llegan las palabras más que las imágenes.

LFGL: ¿Rural?

CRG: Bueno, he tenido una larga discusión con esto de rural. Sobre todo porque cada vez me irrita más tanto énfasis en una ecología que no incluye la presencia humana. Discutíamos esto en una clase cuando hablábamos de estructuras rurales, estructuras que están conscientes de todo un sistema, toda una ecología, pero una ecología que no nada más está centrándose en la hojita verde, en la sublime gota de agua que cuelga—todo este tipo de cosas—sino en la problemática que implica una relación desigual, tensa, entre la presencia humana y la presencia no-humana. Para mí ése es el punto donde se vuelve rural.

LFGL: Y la primera imagen de “rural”, ¿cómo es?

CRG: Es mi casa. Yo vengo de una familia de campo—que es lo que estoy investigando—en el norte de Tamaulipas. Cuentan—y si te digo que esto fuera un recuerdo mío de a de veras, quién sabe, pero esto fue lo que me contaron y yo creo que es mi primer recuerdo—que me perdí de muy chica, apenas comenzaba a caminar, me perdí en un campo de maíz. Y la sensación de estar entre estas cañas, la sensación de algo muy pequeño que avanza frente a los tallos, las cañas de maíz, y no saber dónde estás y la desesperación. Creo que ésa es mi primera relación con el campo, con lo rural.

LFGL: ¿*Landscape*?

CRG: Una vez más: el paisaje no es lo que está ahí, el paisaje es lo que hace el ojo, la reconstrucción humana de lo que está ahí.

LFGL: ¿El monte?

CRG: Ah, qué bonito. Porque es bien distinto: el monte es el paisaje despeinado.

LFGL: ¿Despeinado pero no desmontado?

CRG: Despeinado pero no desmontado, sí. Y me recuerda otra cosa de mi familia también. Es que estás tocando ahorita puros temas que estoy visitando por la investigación. Me dices monte y lo primero que pienso es que la parte de mi familia que se fue de Estación Camarón a Tamaulipas, parte de la épica de ese traslado es que llegaron a Tamaulipas a desmontar. Entonces, lo que significa desmontar es: estás viendo el monte, como es, y es algo de la chingada. No sólo están las plantas, están los animales, están los insectos, está el calor, el frío, el hambre, la imposibilidad de tener agua, la necesidad de poner todo eso en su sitio para poder trabajar. El entrarle con machete, con guantes o sin guantes, y el transformar un pedazo de tierra: de monte a tierra agrícola. Y entonces te das cuenta un poco de la violencia que se necesita para formar las condiciones que permitan el trabajo agrícola y luego entonces el volverte sedentario.

LFGL: “*The wilderness*”.

CRG: Uy. Cuando yo era adolescente... mi papá es ingeniero agrónomo y es especialista en mejoría genética de papas, entonces como parte de su trabajo él cada año organizaba lo que llamaban “la colecta”, que era salir por el país recolectando muestras silvestres, de papas silvestres. Y algunas veces yo lo acompañaba. Entonces me tocó andar por el campo, por rutas remotas que no tenían... o sea, ahora no lo podríamos hacer en lo más mínimo, entrarías en conflicto con muchas cosas y gentes, pero en esas épocas lo hicimos y todavía tengo recuerdos maravillosos de lo que significa estar en las afueras. A lo mejor ésa sería una buena traducción: “en las afueras”. Y finalmente lo que estábamos, lo que él estaba recolectando eran “*wild potatoes*”. Para mí es eso, es mucho esta relación muy estrecha, muy concreta, con estas delicadas flores de la papa silvestre en condiciones absolutamente de contrastes.

LFGL: ¿De qué color son?

CRG: Pues pueden ser blanquitas o lilitas. Son muy delicadas. Y tienes que conocerlas muy bien para identificarlas pues se te pueden confundir con un montón de cosas. Pero así viajamos hacia el norte. Recuerdo mucho un viaje que hicimos por toda la sierra en Chihuahua. Muy padre.

LFGL: ¿Lo prístino?

CRG: Ahí sí tengo que ser absolutamente cliché y tendría que ser el lago que no se mueve, el lago de aguas absolutamente calmas que alguna vez vi en Arareco, precisamente en Chihuahua. Te vas en el tren, en el Chihuahua-Pacífico. Te bajas en Arareco. Caminas. Y ahí está un lago así, absolutamente sin movimiento.

LFGL: ¿Tuviste alguna planta, árbol o arbusto que fuera tu favorito en la infancia?

CRG: Había un montón de cosas. En el rancho de Tamaulipas había una cosa rarísima: ¡había guayabas! Y todo lo que dice García Márquez del olor de la guayaba es cierto. En la casa en la que vivíamos en Chihuahua teníamos un—siempre se me olvida el nombre, de estos pinos que crecen... ¿el cedro?: no, no es un pino—¡un ciprés! Ese ciprés era muy especial porque, como era muy viejo y era muy grande, tenía un montón de nidos. Y entonces, sentarse abajo del ciprés a investigar cómo estaba la vida interior del árbol era bien interesante. ¡La vida interna de los cipreses!, ya tengo el título. Era muy grande. Y muy viejo. Le habían quitado unas ramas, ya ves que crecen desde abajo como un triángulo, pero en éste el triángulo empezaba alto y había espacio para ponerte abajo y ponerte a investigar. Era un ciprés con el que teníamos un montón de años. Daba la impresión de que por dentro estaba hueco. Pero cuando lo ves de abajo, ves las ramas y todo lo demás. Tiene toda una “interioridad” ahí, y ciertos vacíos.

LFGL: ¿Distingues aves?

CRG: He intentado educarme en eso. No es algo natural. Pero me he comprado mis guías y trato de poner atención. Y lo mismo me pasa con el nombre de los árboles y plantas y todo eso... pero ha sido parte de quererme educar porque no es un chip con el que nazcas. E incluso, digamos, en mi casa: mi papá, su vida son las plantas, pero tampoco puedo decirte “salíamos al campo y mi papá iba nombrándolo todo y yo iba aprendiendo”. Asumía, yo supongo, que sabíamos. O algo así. Más bien el trabajo que yo he hecho es irme educando. No nacemos sabiendo eso.

LFGL: ¿Aprender los nombres que no te dijo tu padre?

CRG: Sí. Pero, por ejemplo, lo mismo con los nombres de las estrellas. Si tú vieras una parte de mi librero, tengo guías para todo. O sea: guías para las estrellas, guías para las

nubes, guías para las aves, guías... ¿De dónde va a saber uno?: Te tienes que educar en eso. Y después es muy padre porque es muy útil cuando estás escribiendo libros.

LFGL: ¿Ubicas el nombre del tipo de nube que más te gusta?

CRG: Bueno, es que son varias. Pero las lenticulares... son bastante, bastante fuertes.

LFGL: Tu primer encuentro con la voluptuosidad del bosque de niebla, ¿cómo fue?

CRG: El bosque para mí siempre será el de las faldas del volcán de Toluca, que es un bosque que conocimos también muy bien por la obsesión de mi padre de andar buscando papas. Es un bosque de tierras altas donde hay pinos y oyameles y hay que saber distinguir una cosa de la otra. Y, al menos cuando empezábamos a ir en los setentas u ochentas—no sé—había un montón de animales y otro tipo de vida. Ahora es muy distinto. Pero es un bosque frío. Es un bosque en el que con mucha frecuencia las nubes bajan. Puedes ir las viendo cómo se van aproximando. Es la sensación de estar dentro de una nube. Igual que con el ciprés que de lejos parece de una formación compacta, pero si estás dentro es eso: es nada más la imposibilidad de ver.

LFGL: ¿Te tocó comer algo que hayas plantado tú?

CRG: De chica sí, en la casa. Cosas así simples como tomates y chiles. Y por cierto la mejor comida que comí de chica fue en este bosque, mi papá había invitado a un hombre que trabajaba con él en el campo, en el laboratorio, pero que contaban—fíjate, ésta es una historia muy bonita—que había sido guerrillero en su etapa juvenil en Guerrero y después se había venido acá. Por alguna razón se llevaba muy bien con mi papá y él había sacrificado un cabrito. Y estaba asándolo. Cuando llegó la hora de comer, era una cosa pero realmente deliciosa. Todavía me acuerdo. Es que yo me quedé así como de “¡no mames, esto es increíble!” Y los niños de él—las niñas, tenía hijas—nosotros llevábamos *marshmallows*, bombones, y las niñas, claro, querían comer bombones y yo feliz porque nosotros podríamos comernos todo el cabrito. Era un cabrito que habían criado en casa y que habían decidido compartir con nosotros no recuerdo por qué. Pero es esa comida que sabes que viene directo. Ahora sí que “del campo a la casa”.

LFGL: ¿Había animales en tu casa?

CRG: No, nunca. No domésticos. Mi madre siempre estuvo en contra.

LFGL: ¿Ni ganado?

CRG: No. Al inicio en el rancho... pero el rancho se quedó en Tamaulipas y después siempre vivimos en lugares pequeños de ciudad, entonces no había espacio. Plantas sí, plantas adentro de la casa, plantas de ornato sobre todo, algunas plantas y macetas afuera, algunas comestibles. Transformar algún patio para sembrar algunas hortalizas. Cosas así. Pero los animales estaban prohibidísimos en casa.

LFGL: ¿Por qué?

CRG: Trabajo. Supongo que trabajo extra.

LFGL: ¿Entonces no te tocó matar algo para comértelo?

CRG: La única vez que vi a alguien matando, la única vez que presencié eso fue una Navidad que nos llevaron a la casa un guajolote. Vivo. Con plumas y todo. Y fue realmente cómico ver cómo intentaron matarlo de múltiples maneras. Fue cómico y trágico. Fue la única vez... Y más recientemente en el ritual de la montaña en el San Juan Tepepan. Antes de subir hubo todo un sacrificio, de guajolotes también. Es fuerte. El olor es fuerte.

LFGL: El guajolote huele.

CRG: La sangre huele.

LFGL: ¿Qué escuchas cuando estás en el campo?

CRG: Lo que pasa es que allí te tienes que preparar para lo que sea. Lo cierto es que a esos lugares no hay que llevar ni audífonos ni música ni nada. Hay que ver. Y lo interesante es que es *noisy*. Es totalmente *noisy*. Alguna vez anduve en un parapente y una de las cosas que más me impresionó es lo ruidoso que es el cielo: el viento y todo

eso. Pensarías que vas a estar en la calma, pero no existe tal cosa. Y lo mismo me pasa en el campo: todo está en fricción, todo está en movimiento. No sólo en movimiento. No sé. Ésa es una de las frases de Rulfo que más me encanta, cuando dice que está todo tan calmo que podrías oír el chirrido de los goznes de la tierra.

LFGL: ¿Y qué escuchas cuando vas caminando por la ciudad?

CRG: Lo hago frecuentemente porque sí, más que estar en el gimnasio, me gusta ir a lugares y aprovechar y hacer el ejercicio en la calle. Lo que domina es el auto, porque camino en ciudades donde se camina poco y lo que domina es el auto. Es bien interesante ir capturando conversaciones a medias, lo que la gente va diciéndole a sus distintas máquinas, ese tipo de cosas. Van muchos ciclistas por donde camino: también la respiración que se agita, la gente que corre.

LFGL: ¿Has hecho alguna especie de catálogo de respiraciones?

CRG: Una vez lo hice. En el Nevado de Toluca, cuando subimos. Tengo la costumbre de subir al Nevado cada fin de año. Usualmente llegamos en la moto al refugio que está arriba y ya de ahí caminamos los dos kilómetros que quedan para ir al pico, a las lagunas. Y es tan difícil caminar a esa altura. A mí me pasa que llevo caminando diez minutos y tengo que parar y alguna vez hice un ejercicio de ir viendo cómo esa respiración podía conectarse con formas de escribir. Cómo era escribir sin aire, por ejemplo. Creo que ha sido de los momentos en que he estado más consciente de los ritmos de la respiración, de los límites.

LFGL: Y en estas voces que oyes en la calle o en cualquier lugar, ¿qué es lo que más te llama la atención?

CRG: Debe ser mi sino narrativo [se ríe]. La cuestión es que uno no escucha la historia completa, pero inventarla o imaginarla es bien divertido.

LFGL: ¿Qué ves en la ciudad?

CRG: Depende. En la ciudad en la que ahorita estoy que es San Diego, es una ciudad que más que una ciudad es un pequeño villorrio, una cosa no muy interesante. No tan interesante, digamos, en términos de las sensaciones, como la Ciudad de México.

En las ciudades me llama mucho la atención, por supuesto, el movimiento. Hay una cierta fijación con los semáforos. Esta cosa del semáforo y la lluvia en la Ciudad de México va junto con pegado. La lluvia en la Ciudad de México, sobre todo porque he vivido en lugares que han pasado por sequías muy largas, entonces la naturalidad con la que cae la lluvia en la Ciudad de México es envidiable de repente.

Eso.

En San Diego no hay tanta contaminación visual como en otros sitios. Entonces cuando estoy en la Ciudad de México todos los espectaculares son superviolentos porque son muchos y porque en los lugares donde yo vivo no existen tan así: tan enfrente de tus ojos. Hay una serie de cosas muy *in your face*, que te asaltan.

LFGL: Cuando caminas en la ciudad o en el campo, ¿procuras tocar?

CRG: Sobre todo en el campo, no tanto en la ciudad. Toda esta experiencia de los pequeños museos en el mundo donde tienen sus secciones para tocar las plantas—y los olores de las hojas y demás—creo que me han enseñado un poco a intentarlo en lugares que no están diseñados para eso necesariamente. La experiencia táctil es importante.

LFGL: ¿Qué has aprendido de tu hijo?

CRG: Enormidades. Para empezar, no sé si te pase con tu hija: yo no sabía que podías querer a alguien de esta manera.

¡Es una sorpresa!

A toda la otra gente la quieres con sus asegunes, con sus reservas, hay cosas que te gustan más que otras, pero el cariño a los hijos es otra cosa. Así que yo quisiera creer que me enseñó a “ampliar mi rango emocional” [se ríe].

Es muy tranquilo, muy zen. Me cae muy bien. Aparte de que lo quiero mucho, me cae muy bien. Me gusta platicar con él. Yo tiendo a ser bastante paranoica y bastante—no, no paranoica, tiendo a ser muy pesimista—siempre que algo ocurre pienso “va a ser lo peor”, y Matías siempre es el tipo que dice “vamos a ver qué pasa, vamos a calmarnos”. Y usualmente las cosas no están tan mal. Eso es padre.

Los hijos también te dan un horario. Yo no tenía horario ni rutina alguna, era una cosa salvaje. Y esta cuestión de que los niños tienen un horario: tienes que darles de comer, de beber... los tienes que llevar después a la escuela. Es como entrar a la civilización de alguna manera, después de haber estado errando.

LFGL: Cuando lees, en este sentido amplio de la lectura, te has dado cuenta de cuáles son los resortes en donde esta lectura te transforma, te modifica, te emociona...

CRG: Yo creo que siempre tiene que ver con lo que es difícil de explicar. Ése es el momento, yo creo.

LFGL: ¿Y qué es difícil de explicar?

CRG: Pues nunca sabes.

[Risas].

Uno va pasando la mirada y, por ejemplo, hace rato estaba viendo ahí que dice “Me rehúso a creer” y luego veo “...en los límites”. Pero realmente la primera frase [del anuncio que está del otro lado de la ventana] es “Me rehúso a creer”, Y entonces te quedas pensando. Siempre hay este momento en que la cosa se revela y no se normaliza, se muestra su lado más opaco y entonces uno se tiene que preguntar “qué es eso”. Y yo creo que es el momento en que transforma.

LFGL: Esta transformación de lo normal cambia y nos cambia. Entonces, cuando ya pasamos de este mundo—digamos “real”—a algo que se llama “obra de arte”. Para que la obra de arte sea obra de arte, ¿se tiene que generar algo similar a esto?

CRG: Esencialmente son caminos distintos. La cuestión es—digo, estoy pensando sobre todo en libros—no es tanto transmitir una experiencia; bueno, es más bien el hacer posible el compartir una experiencia: todo el proceso, el camino que lleva a, en lugar de contarte nada más qué pasó. O de contarte nomás cómo debes de sentirte, o lo maravilloso o terrible que las cosas fueron.

Y supongo que eso es lo que hace el arte en general, donde no nada más está el momento de azoro o de encuentro, sino que además están manipulando o manejando las herramientas de tal manera para que tu cuerpo atravesase una experiencia similar sin

la necesidad de estar bajo el cielo o tocando el tronco o no sé qué. En todo caso es lo que me parece el reto más grande: cómo pones el cuerpo de otra persona a experimentar esto de lo que tú apenas y sabes un poco, porque si lo supieras completamente no tendría ningún caso intentar asediarlo.

Supongo que eso es lo que hace el arte. Al menos cuando estoy participando en o frente a obras de arte, las que usualmente me marcan tienen que ver con eso: hay un sacudimiento, no hay una comprensión intelectual nada más, hay un sacudimiento entero. Usualmente no tiene que ver con lo que entendiste sino con lo que queda en suspenso. “Aquí hay algo, tengo que salir adelante”, pero ya es parte del proceso de cada quien.

LFGL: ¿Recuerdas este primer azoro ante una obra de arte?

CRG: Es que son cosas bien tontas al inicio. No sé: los sonetos que se incluían en los libros de texto, había unas cosas muy bonitas, sobre todo en términos del sonido, rimas extrañas. Y ya después museos y cosas por el estilo. Yo creo que el Museo de Antropología fue fuerte cuando lo visitamos.

LFGL: ¿Viaje escolar o con la familia?

CRG: Con la familia. Bueno, mi padre otra vez [risas] tenía la costumbre de sacarnos cada fin de semana a lugares distintos. Al Museo de Antropología, que me gustó mucho, con toda la presencia de la piedra que viene de años atrás, ¡cómo se compacta el tiempo! Fue muy impresionante. Y había pequeños museos de sitio que visitábamos siempre en pueblitos alrededor de cualquier lugar donde vivíamos.

¡Fósiles, también! Fósiles... aunque no sean obras de arte.

LFGL: O sí.

CRG: Es toda esta cuestión del tiempo. Estás frente a algo que ha tocado aire de millones de años atrás. No sé, la impresión es increíble.

El arte contemporáneo a mí me interesa mucho, me siguen maravillando muchas cosas. Una última que me causó una impresión tremenda es la obra de Teresa Margolles, la que entras—no me acuerdo cómo se llama—y es el aire también, pero es el vaho que se produce con el agua con que han limpiado cadáveres... es tremenda.

Son estos momentos que tienen mucho que ver... una vez más, con todos los sentidos implicados: está tu piel invadida, está el tiempo... Me ayuda a pensar muchas cosas.

LFGL: ¿Alguna vez has hecho algún viaje con algún geólogo, con alguien que pueda leer un cerro?

CRG: Todavía no, pero acabo de leer este libro buenísimo sobre Humboldt, el de Andrea Wulf [*The Invention of Nature*] donde tiene los dibujitos de los cerros y demás. O sea, la combinación de su lectura con, lo que Cusicanqui diría, su epistemología en imagen es maravillosa.

Es como los arqueólogos ¿no? Que ven dos tres cosas y dicen “tardío clásico, vivían tres personas y una mató a la otra”. ¿De dónde salió todo eso? Esta capacidad de leer este otro libro que es el territorio a mí, últimamente, me intriga muchísimo. Tiene que ver mucho con todo esto que llaman el “giro objetual”, creo que estamos pensando más como sociedad, con el antropoceno, creo que estamos mucho más conscientes de que nos acercamos al fin del mundo, etcétera, etcétera. Cada vez me interesa más y leo más de esas cosas. Por eso también leo menos novela porque uno no puede estar leyendo todo, todo el tiempo. Pero leer a estos otros personajes, con estos dramas cósmicos, es fascinante.

[Menciono el tiempo, Cristina mira hacia el Cerro de la Silla.]

Cuando veo, sobre todo montañas, me queda claro lo que es en esa acumulación de estratos. Es cuando he pensado: “aquí está el tiempo encarnado, esto es el tiempo”.